

Egin Ayllu (colectivo)

Las vecindades vitorianas.
Una experiencia histórica de
comunidad popular preñada de
futuro

2014. Barcelona: NED Ediciones, 323 pp.



El pasado en la construcción de la utopía

No son pocas las vertientes que cabe mencionar del trabajo del colectivo Egin Ayllu; ahora bien, entre todas ellas es de destacar la originalidad de una obra que emplea el pasado con el fin explícito de elaborar un proyecto de dimensión política para el presente. Y es que no es habitual encontrar investigaciones históricas para las que el relato sobre el pretérito tenga como objetivo la figuración crítica de una utopía en la que lo deseable se conciba como posible y factible ahondamiento de la participación cívica y democrática de los ciudadanos¹. De manera que aquí la utopía no se construye sólo a partir de la crítica del presente sino desde la observación de las fórmulas activistas y comunitarias que dominaron en el norte de la Península Ibérica en forma de comunidades participativas denominadas "vecindades", que desde la Baja Edad Media alternaron en Vitoria-Gasteiz con otros formatos de acción política más institucionales y jerarquizados.

En efecto, a partir del estudio de las Ordenanzas de Vecindad con las que desde 1383 el ayuntamiento vitoriano trató de controlar dichas organizaciones que se distribuían por el cuerpo político-social de Vitoria, el libro reivindica su surgimiento previo y espontáneo así como su intensa implantación no sólo en la propia ciudad

1. La concepción bipolar de la *utopía* como crítica del presente y figuración creativa de un posible y deseable futuro procede de la alentadora obra de Graciela Fernández (2005).

sino en toda Euskal Herria como una forma de comunitarismo que se extendió por territorios castellanos y por toda Europa con otros nombres y otras configuraciones. Y a partir de ahí hace una jugosa interpretación de su formato institucional así como de las resistencias contra los intentos del municipio de controlar a las vecindades que no por ello mantuvieron una importante impronta social hasta bien entrado el siglo XIX, cuando la desamortización de Madoz, primero, y el ayuntamiento, después, les arrebataron el sustento material con el cual era efectiva la acción.

Según el colectivo Egin Ayllu, tales organizaciones assemblearias fueron desde muy temprano efecto de vínculos solidarios que crearon identidades colectivas para las cuales la expresión de pertenencia al grupo era sinónimo de ciertas actividades sociales que configuraron bienes públicos. El libro bucea así en una rica documentación que permite la interpretación del pasado como un universo hermenéutico jalonado de un lenguaje colectivo que conformaba subjetividades a partir de la idea de que el grupo preexistía a los miembros que lo formaban, y en la que la relación de los sujetos con los bienes comunitarios –especialmente en forma de trabajo hecho por y para el grupo vecinal– no tenía el sesgo problemático con el que las sociedades modernas viven el vínculo entre individuo y colectivo.

Pero entiéndase bien, esta lectura del pasado no se efectúa desde la ingenuidad de quien cree que el ayer se actualiza simplemente por el hecho de relatarlo. Lo que sus autores suscitan en una reinterpretación figurativa y poética –en el sentido del *poietes* griego, el creador– de aquel pretérito que se representa como inspiración para el ejercicio de nuevas formas de activismo assembleario y vecinal. Este es el principal objetivo de un libro cuyo autor se une colectivamente bajo el nombre euskera-quechua que significa “hacer comunidad”: la reconstitución de formas comunitarias vecinales y más concretamente en el seno de casco viejo gazteiztarra, donde hoy en día se evidencian formas de participación y solidaridad que, aunque incipientes, son capaces de trascender los límites participativos de las antiguas vecindades, para las cuales las mujeres y los simples moradores quedaron discriminados de la toma formal de decisiones organizativas. El libro asume pues que el pasado narrado es un lugar extraño que quedó convertido precisamente en pasado por la erosión producida por la cultura de la modernidad, para la cual el individualismo irresponsable ha ido sustituyendo mayoritariamente otras formas de subjetividad. Nada se puede hacer para restaurar aquellos antiguos vitorianos cuyos referentes identitarios fueron tan distintos de los que hoy en día son dominantes. Por eso, además de su cariz utópico, de su crítica hacia el presente y la figuración de un futuro deseable, *Las vecindades vitorianas* está construido desde un pensamiento histórico que diagnostica lo acontecido. El pretérito es un lugar ajeno que no puede ser restaurado pero también es un espacio abierto a múltiples interpretaciones, incluidas aquellas que no corren parejas al relato finalmente triunfante de la modernidad, según el cual toda forma colectiva de identidad y responsabilidad conduce al fracaso por ser contraria a la individualidad moderna, autocomplaciente con la idea de responsabilidad estrictamente individual.

En términos del filósofo alemán Walter Benjamin, el pasado es en esta obra un pasado abierto, imposible de cerrar en la pluma del historiador o el ciudadano que pretenda decir la última verdad sobre lo ocurrido². Es más, la historia es aquí concebida como una historia imprevisible por cuanto no hay ley universal o local que determine el desenvolvimiento de los acontecimientos de forma que, aunque estemos sujetos a ciertas variables que determinan el discurrir, los acontecimientos se desenvuelven por derroteros que no eluden la contingencia, consustancial a la naturaleza política de lo humano, inventor recurrente y desaliñado del mundo que habita o pretende habitar. No hubo en el período estudiado ley histórica alguna que presupusiera la disolución indefectible de las vecindades, de la misma manera que no existe ninguna determinación que establezca la imposibilidad de crear nuevas y parecidas formas de acción colectiva.

Es cierto que, pese a su acento profundamente histórico y temporal, el libro se deja a veces embaucar por algunas naturalizaciones, algunas ideas o conceptos que parecen atravesar todo tiempo y lugar. Esta es, por ejemplo, la idea que recorre sus páginas según la cual se puede hablar de sentido común para los actores indagados como si tal sentido fuera tan común para ellos como para los que en la actualidad pretenden desarrollar formas de accionar semejantes a las de aquellos vecinos. El sentido será variablemente común según la comunidad histórica para la cual determinadas acciones y formas culturales adquieren inteligibilidad, acciones que por ello son convertidas en expresiones de identidad, maneras tan imbricadas en la subjetividad de los actores que estos las viven sin considerarlas necesariamente como objetos de observación y crítica. En todo caso no es este más que un efecto plausible de toda traducción del pasado, dado que siempre realizamos tal operación con una familiaridad anacrónica que, mezclada con el presupuesto de extrañeza, obedece irremediabilmente a dos amos: el texto original y el público actual al que va destinada nuestra traducción y al que pertenecemos.

En suma, estas veleidades naturalizadoras no hacen de *Las vecindades vitorianas* un libro que pierda las convicciones históricas de sus autores ni su capacidad para persuadir al lector a partir del buen uso de la figuración poética en la promoción del cambio social. Porque este trabajo colectivo es sobre todo una apuesta por ir más allá del conocimiento por el conocimiento, por sobrepasar el saber erudito que tiende a matar el pasado cuando el historiador profesional pretende escribir o decir la última palabra sobre él. Aquí hay conocimiento entendido como interpretación y por tanto conocimiento situado en tiempo, lugar y, especialmente, propósito. No es ciertamente la ambición que el experto con ánimo cientificista declare en una obra erudita. Es, por el contrario, la indeleble huella que siempre permanece en quien relata el pasado evaluando los acontecimientos, ordenándolos y tramándolos en un relato que, en

2. Sobre la concepción del pasado y la temporalidad de Walter Benjamin, pueden consultarse los clarificadores comentarios de su tesis "Sobre el concepto de la historia" (1940), escritos por Michael Löwy (2002).

último extremo, da sentido a la realidad de un pretérito que parece decirnos “habla sobre mí” pero sin indicarnos cómo hacerlo.

Y es que el sentido del libro reseñado se centra en una relectura de las experiencias habidas con el fin de inspirar las que están por haber; la pretensión de construir una subjetividad compatible con el individualismo responsable para con el bien público y con el asamblearismo cívico que, como señaló Antonio Escalante, autor principal de la obra en su presentación de Madrid, revigore el movimiento ciudadano aunque, por ahora, sólo sea a través de relaciones de solidaridad localizadas en un vecindario, en un pueblo o en una pequeña ciudad.

Hace ya unos años, un conocido historiador, Eric Hobsbawm, editó junto con Terence Ranger un libro bien sugerente sobre el funcionamiento de las tradiciones como referentes a partir de los cuales operan culturalmente las sociedades (Eric Hobsbawm y Terence Ranger [1983] 2002). Pues bien, *Las vecindades vitorianas* es todo un ejercicio de invención/figuración de tradiciones en las cuales el vecino no es una simple figura administrativa. Es, ante todo, una potencial subjetividad que a través de la inspiración en el pasado –inspiración plausible si consideramos la equivalencia sin identidad entre el ayer y el hoy– considere parte de su identidad la promoción de formas de estar en el mundo contrapuestas al individualismo depredador de nuestros días.

Jesús Izquierdo Martín - jesus.izquierdo@uam.es

(Universidad Autónoma de Madrid)

Bibliografía

Fernández, G. 2005. *Utopía. Contribución al estudio del concepto*. Mar del Plata: Ediciones Suárez.

Löwy, M. 2002. *Aviso de incendio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.